

CAPÍTULO XXVIII

Situación de todos los pueblos de Grecia y Asia.

Así que dejaron las armas los aqueos (año -217), eligieron por pretor a Timóxeno, y restablecieron sus antiguos usos y costumbres. Asimismo las demás ciudades del Peloponeso entraron en el goce de sus haciendas, cultivaron sus campos e instauraron sus sacrificios, juegos y demás ritos con que cada pueblo daba

culto a sus dioses; funciones todas que por la continuación de las guerras precedentes, casi las más habían sido olvidadas. Ciertamente yo no sé cómo los peloponesios, inclinados por naturaleza más que otro pueblo a la vida quieta y sosegada, han gozado hasta ahora de este reposo menos que ninguno, antes bien, según Eurípides, han estado siempre *rodeados de trabajos y con las armas en la mano*. En mi concepto, es justo castigo; porque amantes por naturaleza del mando y de la libertad, viven en una continua guerra, por disputarse sin cesar la primacía. Los atenienses, por el contrario, apenas se vieron libres del terror de Macedonia, creyeron ya gozar de una libertad constante. Gobernados por Euríclidas y Mición, no se mezclaron en los asuntos de los demás griegos. Siguieron sí ciegamente la conducta e impulsos de sus dos magistrados: fueron pródigos en honrar a todos los reyes, y sobre todo a Ptolomeo; y no hubo especie de decreto o encomio por que no pasasen, ajando en cierto modo la decencia por indiscreción de sus dos jefes.

Poco después del tiempo en que vamos (año -217), Ptolomeo tuvo que tomar las armas contra sus vasallos. Ciertamente que este rey, en el hecho de haber armado los egipcios contra Antíoco, tomó por de pronto un arbitrio conveniente, pero para adelante le fue pernicioso. Porque ensoberbecidos con la victoria de Rafia, ya no se dignaban obedecer sus órdenes; al contrario, creyéndose capaces de hacerle resistencia, andaban buscando sólo una cabeza o jefe para rebelarse, como en efecto hicieron transcurrido poco tiempo.

Antíoco, después de hechos grandes preparativos durante el invierno (año -217), superó el monte Tauro a la entrada del verano, y asociado con el rey Átalo, emprendió la guerra contra Aqueo.

Los etolios (año -217), ya que no les había salido la guerra conforme a sus ideas, al principio aprobaron la paz contraída con los aqueos, y por eso eligieron por pretor a Agelao de Naupacto, atentos a que había sido el autor principal del ajuste. Mas no pasó mucho tiempo sin que se disgustasen y quejasen de su pretor, porque habiendo hecho la paz, no con un pueblo particular, sino con Grecia toda, les había quitado todas las posibilidades de enriquecerse a costa de sus vecinos, y aun les había cortado las esperanzas para el futuro. Pero Agelao sufrió con constancia estas quejas indiscretas, y supo reprimir tan bien sus impulsos, que tuvieron que tolerar la paz, aunque con repugnancia.

Filipo, después de la paz, regresó por mar a Macedonia (año -217). Allí encontró a Escerdiledas, quien, bajo el mismo pretexto que tuvo para atacar contra los tratados los navíos en Léucade, había saqueado ahora la villa de Piseo en Pelagonia, ganado las ciudades de la Dasarétide, sobornado con promesas las de Antipatria, Crisondo y Gerunta en la Foibatida, y talado muchos campos de la vecina Macedonia. El rey salió a campaña sin dilación para recobrar las plazas perdidas, y resuelto a medir sus armas con Escerdiledas. Nada creía era de mayor importancia para otros propósitos que meditaba, y sobre todo para pasar a Italia, como el arreglar primero las cosas de Iliria. Demetrio incitaba tan de continuo el ánimo del rey a este proyecto, que aun durmiendo soñaba y pensaba en esta expedición Filippo. Esto no lo hacía por amor que le tuviese, apenas tocaba a la amistad un tercer lugar en este asunto; sino por odio que profesaba a los romanos, y principalmente por conveniencia propia, pues sólo así esperaba volver a mandar en Faro. Efectivamente, Filippo recobró las ciudades que hemos dicho y ocupó a Creonio y Gerunta, en la Dasarétide; a Enquelana, Ceraca, Sación y Beo, junto al lago Licnidio; a Bantia, en el país de los calicoenos, y a Orgiso, en el de los pisantinos. Fina-

lizada la campaña, envió a invernar sus tropas. En este mismo invierno fue cuando Aníbal, arrasados los más bellos países de Italia, fue a acuartelarse en torno a Gerunio en la Apulia, y cuando los romanos crearon cónsules a Aulo Terencio y Lucio Emilio.

Filipò durante el cuartel de invierno reflexionó que para sus propósitos necesitaba navíos y marinería; esto no tanto porque esperase poder medir sus fuerzas por mar con los romanos, cuanto porque de este modo transportaría con más comodidad sus tropas, llegaría más pronto a donde se había propuesto y se presentaría al enemigo cuando menos lo pensase. Para este proyecto creyó no había mejor construcción de buques que la de los ilirios, y ordenó fabricar cien bergantines, siendo en esto casi sin segundo entre los reyes de Macedonia. Ya que tuvo equipados estos navíos, reunió sus tropas a la entrada del estío, ejercitó algún tanto sus macedonios en el remo y se hizo a la vela al mismo tiempo que Antíoco superaba el monte Tauro. Habiendo atravesado Euripo y doblado hacia Malea, arribó a las costas de Cefalenia y Léucade, donde fondeó, y puesto de observación se informó acerca de la escuadra romana. Enterado de que se hallaba anclada en Lilibeo, salió del puerto lleno de confianza y dirigió la proa hacia Apolonia.

Ya iba a tocar con la embocadura del Aoo, río que baña Apolonia, cuando un pánico, semejante a los que tienen a veces los ejércitos de tierra, se apoderó de sus tropas. Algunos barcos de los que venían a la retaguardia, habiendo fondeado en Sasos, isla situada a la entrada del mar Jonio, vinieron por la noche a decirle que al mismo tiempo que ellos, habían abordado unos navíos procedentes del estrecho, y éstos les habían contado cómo dejaban en Regio diez navíos romanos de cinco órdenes, que navegaban hacia Apolonia a dar socorro a Escerdiledas. Filippo, creyendo que ya tenía sobre sí tan gran escuadra, lleno de miedo ordenó sin dilación levar anclas y tomar el camino que había traído. Después de una retirada sin orden ni concierto y una navegación de un día y una noche sin cesar, abordó al siguiente Cefalenia, donde, alentado algún tanto, dio a entender que había vuelto a arreglar ciertos negocios del Peloponeso. Efectivamente, el terror del rey... no era del todo mal fundado. Porque Escerdiledas, con la noticia de que Filippo hacía construir durante el invierno gran número de buques, pronosticando que vendría contra él, había participado a los romanos esta noticia para rogar su socorro, y éstos le habían enviado diez navíos de la escuadra que estaba en Lilibeo, los mismos que se habían avistado delante de Regio. Ciertamente si Filippo, aterrado, no hubiera tomado inconsideradamente la huida, sin duda hubiera conseguido sus propósitos en Iliria; pues ocupadas toda la atención y fuerzas de los romanos con Aníbal y la batalla de Cannas, verosíblemente se hubiera apoderado de los diez navíos. Pero amedrentado con el aviso, se retiró a Macedonia sin lesión, mas no sin ignominia.

Por este mismo tiempo realizó Prusias un hecho memorable. Los gálatas que Átalo, por la reputación de su valor, había traído de Europa para hacer la guerra contra Aqueo, habiéndose separado de este rey por los temores que ya hemos apuntado, fieros e insolentes talaban las ciudades del Helesponto. Por último, ya habían emprendido el asedio de los ilios, cuando los alejandrinos que habitan la Tróade hicieron una hazaña esclarecida. Destacaron allá a Temisto, quien con cuatro mil hombres los hizo levantar el sitio, les cortó los víveres, frustró sus proyectos y los desalojó de toda la Tróade. Los gálatas después se apoderaron de Arisbe, en el país de los abidenos, desde donde insidiaban y mantenían guerra

continua con las demás ciudades de aquellos alrededores. Prusias salió contra ellos y les dio la batalla. Los hombres quedaron todos tendidos sobre el campo de batalla, los hijos y las mujeres fueron degollados casi todos dentro de los reales, y los equipajes abandonados a los vencedores. Con esta acción libertó Prusias de un gran miedo y sobresalto las ciudades del Helesponto, y dio una buena lección a los bárbaros venideros para que no aventurasen otra vez con tanta facilidad el tránsito de Europa al Asia. Tal era el estado de los negocios de Grecia y Asia. En Italia, después de la batalla de Cannas, la mayor parte de los pueblos se pasaron al partido de Cartago, como hemos mencionado antes. Ahora, puesto que hemos expuesto todo lo que contiene la olimpiada ciento cuarenta concerniente a los asiáticos y griegos, daremos fin a la narración en esta época. En el libro siguiente, después que hayamos recordado en pocas palabras lo que hemos anticipado, en éste convertiremos la palabra al gobierno de los romanos, según prometimos al principio.